
Muy Caro: Dos Pesos

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8935

Título: Muy Caro: Dos Pesos

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento

Editor: Brian

Fecha de creación: 12 de julio de 2026

Fecha de modificación: 12 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Muy Caro: Dos Pesos

Entonces Luis Alemandri, dibujante, fué llevado a pensar así;

Los comerciantes son seres extraordinarios, Estos tres son perfectamente honrados, de ello no hay duda. Pero su honradez está asentada sobre tales singulares conceptos de viveza que resulta, para el que como yo no es comerciante, absolutamente indescifrable, Son sobre todo extraordinarios... —Ahora es conmigo— se interrumpió espantado, viendo que uno de los comerciantes que desde media hora atrás ejercían de críticos literarios, se dirigía esta vez a él.

—¡Usted conoce a F.G.!— le preguntó,

—Algo—repuso el dibujante—he hablado con él una sola vez.

—¡Ah! ¿lo conoce usted? ¿Y usted cree que es mozo de talento?

—Me parece que sí.

—¿Sí? Pues bien, vea lo que son las cosas. Yo lo conozco mucho. G. vino aquí muy muchacho, a la casa de un hermano que estaba establecido afuera. No se puede figurar usted individuo más inútil que G. No hacía nada, no servía para nada. Su hermano lo echó un día. Era un completo haragan. Después probó esto, lo otro, lo de más allá, y en todo fracaso. No se puede usted figurar, le repito, un ser más inútil. Pues bien, ahí lo tiene usted. Viendo el mismo al fin que no servía para nada, pues se hizo literato. Y ahí lo tiene usted. ¿Eh?

Aunque Dios había librado al dibujante de intervenir en los

comentarios de sus tres fortuitos compañeros, esta vez el mismo Dios lo abandonó.

—Creo, sin embargo —atrevióse— que G. leía mucho cuando era dependiente.

—¡Y bien! ¡Ahí está! —respondió el rotundo sujeto.—; ¡Era lo que hacía! ¡Todo el día con un libro! ¡Y qué más hizo! Yo lo conocí, le digo á usted. En ninguna parte duró ni sirvió para maldita la cosa. Era incapaz de hacer lo que cualquier rapaz... Eso es, yo también he hecho un verso... Y ahí lo tiene usted, le repito, convertido en un literato.

—No hay duda, son seres extraordinarios —tornaba á pensar el dibujante, soportando con incómodo pudor la mirada victoriosa del otro. Pero éste continuaba:

—¡Ahí está! Y ahora gana así cuanto quiere... ¡Bonito trabajo el de ustedes!

—¡Perdón! —se excusó vivamente Alemandri— yo no soy escritor.

—¡Es lo mismo, es lo mismo!... ¿Usted dibuja en las revistas, según entiendo?

El aludido hizo un gesto de tan vaga aquiescencia, que el comerciante triunfó de nuevo.

—¡Ah, usted mismo lo reconoce! ¡Eso es! Ganan todo el dinero que quieren, hablando cosas y haciendo figuras. Y uno suda y suda... ¡No se enoje, ande usted! Lo digo de todo corazón.

Pero si el dibujante no se enojaba, el diablo lo tentó esta vez a hincar un poquitito el diente en aquella sudorosa gordura.

—¡Oh, no se gana tanto! —dijo— y a veces hay que trabajar bastante más que ustedes mismos...

—¡Hombre, que tiene gracia! Bueno, bueno... Si usted llama

trabajar...

—Y enormemente. Si me permite le contaré en dos palabras un caso. Solamente que el sujeto en cuestión no es ni dibujante ni escritor... Pero es de los que hablan cosas, como usted dice. ¿Quiere oírme?

—Hable usted, hable usted.

—El caso es muy reciente —comenzó Alemandri— hace dos o tres noches. Yo vivo en Banfield, soy casado y tengo dos hijos. Vivo bastante retirado de la estación y cuando llueve se embarra uno hasta las rodillas.

Pues bien, una de las últimas tardes llegó á casa, al final de un terrible chubasco, un amigo a quien hacía mucho tiempo no veía. Su visita me sorprendió bastante, pues aunque amigos, como acabo de decirle, no nos vemos sino de tarde en tarde.

La persona en cuestión —llamémosla X— es uno de los hombres más vastamente ilustrados que yo conozca y tiene en especial una conversación única como encanto. Hacía cuatro días que yo no salía de casa, curándome aún de un fuerte amago de influenza. Y cuatro días, figúrese, solo en su casa, quien como yo está acostumbrado á pasarlo fuera todo el día... Sí, mi mujer... pero dos chicos no dan mucha libertad á la madre.

En fin, X me trajo sencillamente la gloria a casa. La tarde pasó como un soplo. Mi mujer estaba también encantada con aquel hombre, y se unió á mi vivo ruego para que se quedara á comer con nosotros. Pensábamos simplemente no dejarlo ir hasta las doce.

X accedió, y durante la cena y después de ella, ni mi mujer ni yo dejamos un momento de felicitarnos de aquella visita.

Lo mismo que la tarde, la noche voló.

Al dar las diez X se quiso ir, pero no hubo modo. Apenas a las once y cuarto le dimos libertad, y estoy convencido de que son muy pocas las personas capaces de dejar tal recuerdo de una visita de ocho horas. Lo acompañé hasta la puerta, lo detuve aún cinco minutos, y cuando por fin lo dejaba que se fuera, X me dijo si "quería" prestarle dos pesos. Es a esto que yo llamo trabajar —concluyó Alemandri.

El comerciante lo miró con una asombrada a la par que convencida sonrisa.

—Vea usted, vea usted —dijo— para mí todo eso no pasa de un vulgar... ¿me permite usted? Creo que la vergüenza de ese señor... en fin!...

—No, no, concluya —apoyó plácidamente Alemandri.

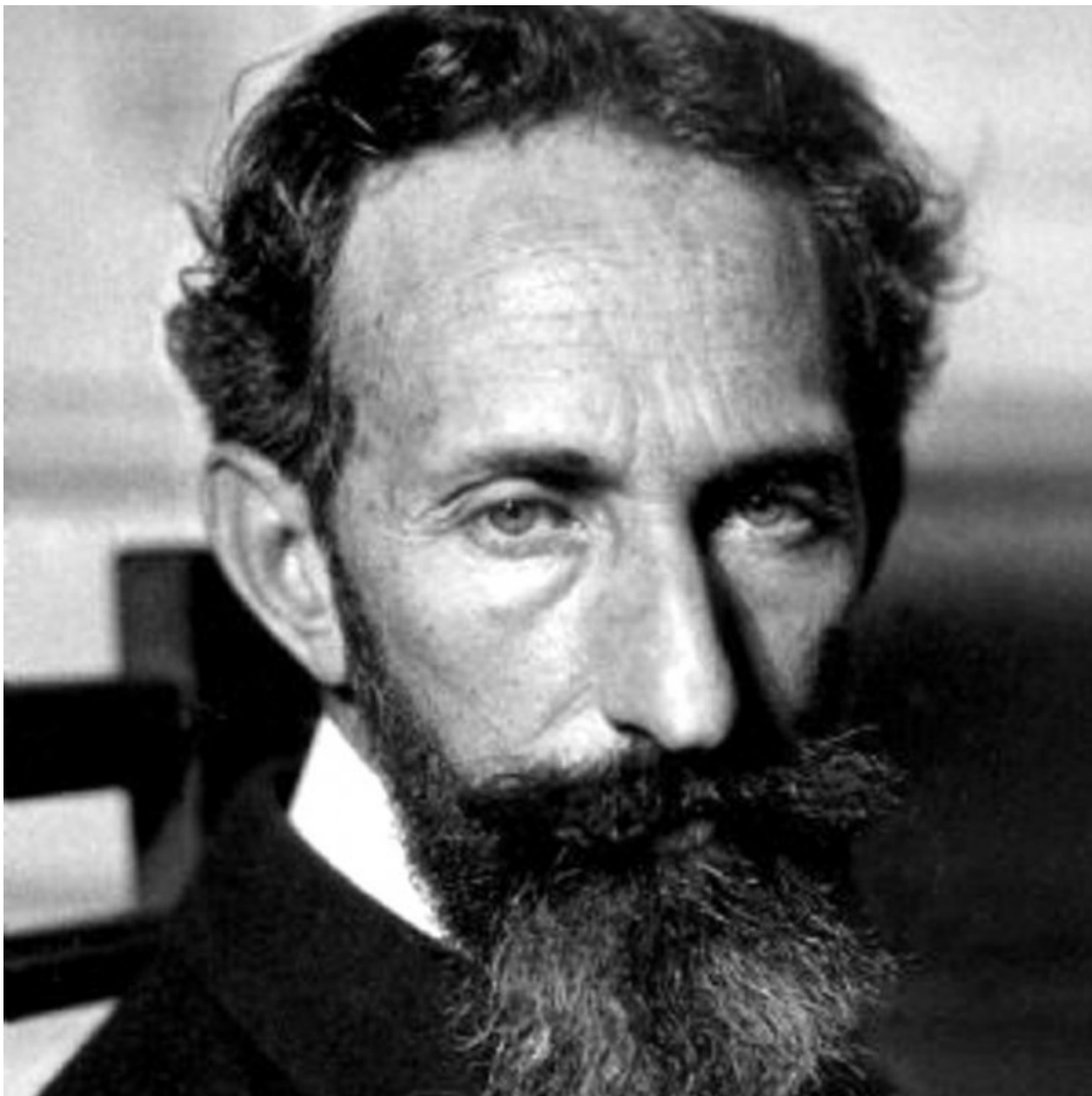
—¡Hombre! Pues bien, creo que ese señor no tiene dignidad... sabe usted... ir á pedir dos pesos... ¡Eso es un cuento del tío, si usted me permite!

—Sí, señor, le permito todo. Pero yo creo á mi vez esto: Yo no sé qué trabajo se requiere para ganar diez sobre lo que costó tres, y esto yo lo ignoro porque no soy, ni he sido, ni seré jamás comerciante. Pero sé que ocho horas de una conversación llena de encanto— y científica, filosófica, literaria, si usted quiere— valen mil veces más que esos miserables dos pesos, y yo por mi parte hubiera ofrecido con gusto diez por un día como el que me trajo X. Y además esto otro: el hombre que comprende la irregularidad de un pedido así, hasta el punto de esforzarse en rescatarlo entregando durante ocho horas toda una vida de lucha intelectual, ese hombre tiene para mí, en ese acto, un millón de veces más dignidad que la que se necesita para cualquier monopolio de cualquier pan en cualquier parte.

Por otro lado —concluyó Alemandri en pacificadora despedida— no creo que nos hubiera sido muy fácil, á usted y á mí, ganar de idéntica manera esos dos pesos.

El dibujante no supo nunca qué aptitud se reconocía su interlocutor para la empresa: una conversación artística de ocho horas... De este modo se congratuló por largo tiempo de no haber sentido sino en hipótesis la terrible aventura.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)